

*Solo podía usar mapas imaginarios
o sus recuerdos de los mapas reales,
pero eso era suficiente.*

JOHN CHEEVER

1

Ollas, sartenes, platos, cubiertos, vasos; mantas, toallas, edredones; lámparas, cuadros y un par de espejos; ropa de invierno y de verano, de fiesta o de andar por casa un día de resaca; bolígrafos y lápices, tres ordenadores, un pequeño caos de auriculares y cargadores enredados; imanes de nevera y otros recuerdos de viajes; libros leídos, no leídos, entreleídos, abandonados, envidiados: las cajas de cartón quedan apiladas para cuando volvamos. La vida es una enumeración más o menos larga, más o menos concreta, más o menos monótona, más o menos improvisada.

Todo arranca una madrugada de cielo plomizo en el aeropuerto de Barcelona. Cris y yo tenemos dos billetes para volar a Costa Rica y un nudo en el estómago. Cargamos con todo lo que imaginamos que necesitaremos en el viaje. Tras renunciar a un trabajo estable y dejar el alquiler de un «piso ideal para parejas», nuestras mochilas son lo más parecido a un hogar que tendremos en mucho tiempo.¹

2

Todo viaje comienza con la urgencia de partir, cuando se abre un hiato más o menos extenso en el tiempo que es vivido con incomodidad e impaciencia hasta que por fin llega el día de la partida: el presente estorba porque la esperanza ha quedado postergada al futuro, donde intuyes la posibilidad de otra vida.

No es fácil señalar los inicios, por eso hay siempre una gran elipsis en la literatura de viajes: aparece el viajero *in media res*, en el avión, en el aeropuerto o directamente en el espacio geográfico donde se desarrollará

1 ¿Pero qué día de la semana partimos? ¿Fue un lunes? ¿Un miércoles? ¿Un jueves? El calendario perpetuo del móvil tiene la respuesta: ese 21 de octubre fue un martes. ¿Cómo es que no lo recordaba?

su andadura. Sin embargo, el motivo íntimo de lo que lanza a alguien a dejarlo todo y asumir la incertidumbre del camino podría ser, en todo caso, la historia de una novela. Si Cervantes no hubiera dado con la solución de explicar las muchas y febriles lecturas de Alonso Quijano en el primer capítulo nada habría tenido sentido: antes del viaje conocemos cuál es la causa original, por qué un sedentario hidalgo cincuentón, un anciano en realidad cuando la esperanza de vida era de unos treinta años, de monótona existencia en una anónima aldea de la Mancha, acaba convirtiéndose en el más famoso de los caballeros varios siglos después de la desaparición de las órdenes de caballería.

«La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece...».²

Con sus escaleras infinitas, carentes de gravedad, la obra de M. C. Escher es perfecta para comprender visualmente que nada tiene un inicio ni un final, pero yo prefiero el grabado «Cielo y agua» en el que unos patos van mutando progresivamente en carpas. La cuestión parece sencilla pero, ¿cuándo dejamos de ser patos para convertirnos en carpas?, ¿cuándo fue que empezamos

2 Frase a la que daba vueltas en su cabeza Don Quijote.

a pensar en el viaje?, ¿cuándo fue que empezamos a querer ser otros?

Todo cuanto sabemos en ese momento es que queremos recorrer Latinoamérica y que el vuelo a San José es lo más económico que hemos podido encontrar. *Total* —nos decimos despreciando las distancias en el mapa—, *una vez allí ya iremos de algún modo hasta Ciudad de México*. De allí partieron en dirección al desierto de Sonora Arturo Belano y Ulises Lima en *Los detectives salvajes* buscando a la misteriosa poeta Cesárea Tinajero.

Ciudad de México es el punto de origen que hemos escogido para viajar hasta el mismo fin del mundo por carretera, hasta Ushuaia, la ciudad más austral del continente. Como todo juego, el viaje también tiene sus propias reglas.

¿Pero dónde comienzan los viajes?, se pregunta Crispín Rueda, el protagonista del primer relato de *Historia de las despedidas* en el que un encadenamiento de causas y consecuencias une a personajes en distintas épocas y lugares: el breve pero definitivo aleteo de la mariposa.³

3 Libro de Pedro Sorela.

Aunque parezca que elegir México como destino es un capricho o una dejadez en la organización del viaje, acabará por ser lo más parecido a una epifanía que jamás he experimentado en la vida; pero en este momento, claro, en el aeropuerto de Barcelona, no lo puedo saber. Aún faltan meses para que todo ocurra y no podemos imaginar todo lo que acabará sucediendo.

Me gusta la explicación de «epifanía» que hace Marta Sanz en la novela *Mujeres pequeñas rojas*: «no es verdad que las epifanías sean revelaciones cegadoras, a veces son un runrún, la llegada a la punta de la lengua del nombre que no quería salir».

El viaje, como toda manifestación de la vida, es una apuesta por la incertidumbre, una suma de futuros alternativos: futuros posibles, probables y preferibles. Es por eso que desde el primer momento diseño una especie de marco teórico de la predicción, busco señales, algo que me indique qué va a suceder.

Tardamos casi medio año en llegar desde San José a Ciudad de México, el punto de inicio previsto de la ruta. El viaje dentro del viaje: todos los viajes diferentes que hay en un mismo viaje, ir hacia el norte para llegar al sur, trascender la linealidad, la inmediatez geolocalizada,

la asepsia del viaje contemporáneo. Eso es: queríamos ensuciarnos en el camino.

3

Supongo que si a Salomon Shereshevskii le hubieran preguntado por el día de la semana que emprendió el viaje más importante de su vida habría respondido con la fecha exacta sin pestañear. También habría dicho la hora, cómo estaba el cielo, qué ropa llevaba. Shereshevskii sufrió de hipermnnesia tanto como de soledad. Contó su historia Alexander Luria en un libro que se leyó en la época casi como ficción. Si yo hubiese sido Shereshevskii habría recordado sin problemas que aquel 21 de octubre fue martes. Prefiero el olvido. No quiero morir como él, solo y amargado, conduciendo un taxi por Moscú con el hígado reventado de tanto beber.

La intención: que el viaje sea el trayecto, que el viaje sirva para conseguir volver (después de todo, Homero sabe que la aventura definitiva consiste en regresar a casa). Eso no hay forma de trazarlo sobre mapa alguno, ni siquiera en el fotorrealista Google Earth ni en ninguna de sus derivaciones tecnológicas. Por eso partimos sin tener muy clara la ruta que seguiremos.

Anticipamos el viaje con la imaginación y con las lecturas y posteriormente este se desarrollará en una tensión constante entre realidad y expectativas: los viajeros son también poetas.

Solía decir Sergio Pitol que durante muchos años de su vida sintió el viaje y la lectura como una misma experiencia, que el viaje le permitía transitar por el mundo visible, descubrir lugares maravillosos o siniestros, pero todos sorprendentes, mientras que la lectura le abría mundos interiores. Hay lectores, así, en los que el viaje y la lectura se funden y no entienden lo uno sin lo otro. Y luego hay otro tipo de viajeros como el Duque des Esseintes.⁴

El Duque de Esseintes se pasa las horas en la cama, consagrado al estudio en soledad. Un día, al leer a Dickens, le sobreviene un intenso deseo de romper su rutina doméstica, de hacer las maletas y plantarse en Londres: se ha imaginado en Londres y quiere estar allí. Así pues, lo prepara todo y se dirige a la estación de tren, deteniéndose primero en una librería, donde compra una guía de la ciudad, y luego en una taberna. Allí lee algunos fragmentos de la guía con los que siente transportarse efectivamente a Londres. El ambiente del

4 Protagonista de la novela *A contrapelo*, de J. K. Huysmans.

bar, frecuentado por parroquianos ingleses, y la cerveza ayudan tanto a esa ensoñación que al aproximarse el momento de subir al tren y cumplir con su anhelo viajero decide quedarse, piensa que el viaje será demasiado agotador para él, que tendrá que soportar el frío y las colas y que, en definitiva, «¿para qué desplazarse cuando uno puede viajar tan magníficamente sin tener que levantarse de la silla?».

Se puede ser lector a lo Pitol o bien viajero a lo Esseintes. Tal vez durante una época de la vida apetezca ser más de uno que de otro o, incluso, puede suceder que con el invierno sea más deseable meterse en la cama a lo Esseintes y que con el buen tiempo se prefiera más ser un Pitol. Al menos, así me ocurre a mí.

4

Varios meses antes de partir contamos a amigos y familia que nos vamos a ir de viaje, que será un viaje largo, de un año, les decimos, aunque sabemos que la fecha del regreso la marcará el día que logremos llegar al lugar más al sur posible del continente americano por carretera. El viaje comienza con un engaño. Mentimos porque no hay duda de que para nuestras familias un año siempre es un consuelo frente a la incertidumbre

de un viaje sin billete de vuelta. Regresaremos casi dos años después.

En navegación aérea se conoce como *punto de no retorno* el momento del vuelo en el que, debido al consumo de combustible, un avión ya no es capaz de volver al aeropuerto de origen. Tras superarlo, el avión no tiene más opción que seguir adelante, a algún otro lugar. Es un punto y aparte. Por la ventanilla veo el último resquicio de la ciudad. Barcelona desde las alturas ya es pasado.

5

El desencanto y la infelicidad pueden ser el origen de un viaje. «Llamadme Ismael», dice el narrador de *Moby Dick* al comienzo de la novela, en una especie de discurso que funciona como un alegato de los viajes y de su poder curativo. Se intuye que Ismael es un ser frágil y delicado, que sufre de episodios de depresión, que incluso llega a pensar en la muerte como escapatoria, pero que cuando eso sucede embarca en un navío y se echa al mar. «Es un modo que tengo de echar fuera la melancolía y arreglar la circulación de la sangre», dice.

El aspecto terapéutico del viaje lo llevó más allá del mundo de las metáforas el cineasta alemán Werner

Herzog. A finales de noviembre de 1974, cogió una chaqueta del armario, se calzó unas robustas botas y metió una brújula en su bolsa de lona antes de tomar el camino más directo desde Múnich a París a pie para ver a su amiga Lotte Eisner, gravemente enferma. Estaba convencido de que, si lograba completar la peregrinación, ella continuaría con vida. De aquel caminar exorcizante surgió un diario que finalmente apareció publicado en 1978 con el título original de *Vom Gehen im Eis*: «No, no morirá ahora porque no morirá. Mi paso es firme. Y la tierra tiembla. Cuando camino, es un bisonte el que camina. Cuando descanso, es una montaña la que reposa».⁵ Herzog llegó a París el 14 de diciembre y Eisner no solo no había muerto, sino que viviría nueve años más.

En noviembre de 1856, Herman Melville pasó unos días con su admirado Nathaniel Hawthorne en Glasgow antes de embarcarse con destino a Grecia e Italia. Hawthorne anotó en su diario que su amigo se veía algo más pálido y un poco más triste que de costumbre. En esa época, Melville padecía ataques neurálgicos de cabeza y molestias constantes en las piernas. Continuaba escribiendo, pero sin el éxito de la crítica ni del público: mientras vivió, *Moby Dick* no agotó ni siquiera

5 *Del caminar sobre hielo.*

su primera edición de tres mil ejemplares. Herman Melville llegó a Roma, deprimido y arruinado, poco después de ese encuentro, en marzo de 1857. Cualquiera habría podido decir de él al verlo que iba a la deriva. El pasaje lo financió su suegro, el juez Shaw, que consideró la ayuda como un adelanto de la herencia que le correspondería a su hija.

La familia de Melville confiaba en que el viaje le animaría, que le ayudaría a mejorar la circulación de la sangre, que le curaría su malestar. Pero la fascinación que el escritor siempre había sentido por la locura comenzaba a ser alarmante a ojos de los pocos que le rodeaban. El hombre que había escrito *Moby Dick* paseó por Roma, contempló las estatuas del Vaticano y volvió derrotado a Norteamérica. Moriría en casa a los 72 años, ignorado y olvidado.

Al embarcar en el avión esa mañana gris de un martes laborable no podemos saber si volveremos de nuestro viaje derrotados —como lo hizo Herman Melville cuando volvió de Roma— o no: lo cierto es que estoy en el aeropuerto de Barcelona y quiero saber ya el futuro. Llevo toda la vida pensando en el futuro. Llevo toda la vida pensando en el futuro y temiéndolo.